

El ideal femenino

Walkiria



editorial Kamerad



El ideal femenino

Walkiria

El ideal femenino

El ideal femenino germánico, la *santa germánica*, estaba representado por las madres, las madres originales (Frigg, Dame Holle); según el sentimiento germánico, la concepción no era una tara, una mancha, un envilecimiento. Al contrario, tal idea habría sido considerada como una ofensa hecha a las madres germánicas.

En las sagas se observa centenares de veces, que las viudas son tan deseadas como las vírgenes, y ningún germano pensaría que una viuda es inferior porque ya no es pura. De hecho, los libros jurídicos salios, ripuarios y turingios prescriben que la pena por homicidio de una mujer apta para concebir o que ya ha parido es triplemente severa que el de una virgen que todavía no ha tenido hijos. Este hecho muestra que la noción de virginidad no es fundamental para juzgar el valor de la mujer.

No es la castidad, sino el valor biológico lo que contrariamente a la condición de virgen, está vinculado al cumplimiento de la maternidad, y es fundamental para apreciar a la mujer. La mujer embarazada, la madre, goza de la mayor consideración porque sigue la ley de la vida tanto en el plano individual como en el espíritu del pueblo.

Pero el valor de la mujer depende además de sus cualidades, de sus realizaciones, del alma, del espíritu y del carácter. En cambio, el espíritu judeo-oriental considera a la virgen como más deseable que la mujer, entendiendo por mujer a la que no es virgen: se escoge intencionadamente la palabra *deseable*, porque apenas se trata de evaluación moral de la castidad en la valoración de la virgen por el espíritu oriental. Cuando el Corán promete a los musulmanes en el Jardín del Paraíso "*jóvenes mujeres que ningún espíritu ni ningún hombre han tocado aún*" como recompensa para su uso personal, se ve que la castidad femenina tiene un valor de *uso* particular para el oriental puesto que constituye una *recompensa* y un *goce* paradisíaco.

La virginidad y la pureza que reinan en el Jardín del Edén, no llevan ningún valor moral, sino un valor sensual. La castidad de la mujer oriental sólo es exigida para el mayor placer del hombre.

Así pues, se ve qué raza concede un papel tan evidente a la pureza de la mujer y qué se esconde realmente tras la exigencia de castidad.

El germano no habría podido concebir una virgen madre, ni tampoco le habría otorgado un valor superior. Sus diosas y las mujeres que le eran queridas presentaban rasgos maternos y eran madres. La maternidad era lo propio de su naturaleza.

Después, la Virgen Madre de Dios, reemplazó la divinidad maternal de Germania, debido a la intrusión de un sistema de valores ajeno. Las monjas fueron privilegiadas con respecto a las madres de los clanes germánicos, y un mayor respeto por la virginidad antes que por la maternidad fue imbuido en el cráneo del hombre germánico hasta admitirlo en su concepción moral. Esto conmocionó el instinto germano, ya que no era raro que las jóvenes campesinas ofrecieran ya un hijo a su futuro marido antes del matrimonio, sin ser cubiertas de vergüenza y de infamia por quienes convivían con ellas, y no considerándose a los hijos prenupciales hijos del pecado afectados de alguna tara y marginados por la comunidad.

Perder la virginidad, nunca será equiparable a perder el honor o la disciplina interior. Sólo se castiga la debilidad moral cuando una joven ha comerciado con cuatro o cinco hombres. Además la virginidad nunca se consideró un concepto ni un ideal, ya que no existe en el idioma germánico más primitivo un vocablo que la defina.

¿Qué le queda pues a la mujer si además se la separa del clan y se culpabiliza su ego de pecados, o bien se la somete al hombre considerado como su dueño? ¿Tiene todavía

conciencia de sí misma, de su libertad y de su responsabilidad, condiciones primeras de toda moralidad? La frase “*él debe ser tu dueño*” no significa nada más que la destrucción de todo valor femenino, de toda posibilidad de colaboración constante en el trabajo de la comunidad e implica una alteración patológica de la comunidad, por cuanto la mujer es componente de la misma. Se ha convencido a la mujer de su inferioridad, excluyéndola así durante siglos de las cuestiones morales.

¿Y a qué nos ha llevado todo esto?

La mujer en su rebeldía ha perdido el norte. No sabe cuál es su misión dentro de la sociedad, queriendo simplemente equipararse al hombre. El sentido judeo-cristiano de la virginidad, se ha perdido, pero lo peor, es que el de la maternidad también, y la transmisión de la sangre, de la raza y de los valores de un pueblo han quedado enterrados por la idea de productividad marxista o por el ansia de adquirir una calidad de vida egoísta y sin sentido que sólo nutre las arcas del sistema bancario.

¿Cómo puede una mujer de hoy quedarse embarazada si depende de un contrato temporal, si se le considera una enferma incapaz e inútil? Así, existen casos en que alumnas de centros de formación universitaria han visto truncados sus estudios por ser consideradas incapaces de realizar determinados ejercicios, teniendo la obligación la universidad de adaptar esos ejercicios a su circunstancia, igual que tomar medidas de integración para los minusválidos. ¡Cuánto más para una circunstancia tan noble como la concepción de un hijo sano para la nación! Lo suyo no es una anomalía ni una enfermedad. O el caso de una joven de veinte años recién casada, embarazada después que se ganaba la vida cuidando niños pequeños, fue despedida inmediatamente de su trabajo como si fuese una apestada, en pro de admitir como cuidadora de infantes a alguna inmigrante con muchos hijos (pero en su país) por cuatro chavos, dejando la educación en manos de extraños que quitan el pan a las familias de este país.

¿Cómo pues, una mujer que se supone capaz para el trabajo, puede desear ejercer el derecho de usar su biología, su orden biológico natural?

La maternidad para las mujeres de hoy, se ha convertido en un castigo, igual que para los hombres el trabajo, ya que no lo se considera éste como una dignificación, sino como una pesada carga, las frases de “*parirás con dolor*” y “*ganaras el pan con el sudor de tu frente*”, han hecho mella en esta sociedad atea.

Los ginecólogos se aprovechan de este pánico para cobrar elevadísimas minutas practicando cesáreas innecesarias, rasgando úteros que podrían gozar del placer de un parto espontáneo, con una madre consciente y feliz, limitando así su futura procreación, cuando el cuerpo de una mujer está preparado, demostrado científicamente, para parir un hijo por año, sin ningún problema dentro una mujer sana y sin problemas, de los veinticuatro a los treinta y cinco años.

No sólo no se fomenta la maternidad, la natalidad, con ayudas sociales a las familias, sino que el enemigo ha ido a la raíz, a la esencia de la vida, a su germen, a la mujer, a las madres, y al ataque absoluto de su misión fundamental dentro del orden natural de la vida, la maternidad, siendo ésta atacada por todos los frentes.

Así, pues, mujeres nacionalsocialistas, ejerzamos nuestra libertad de ser madres de una raza única y recordemos las catorce palabras.

“No sólo no se fomenta la maternidad, la natalidad, con ayudas sociales a las familias, sino que el enemigo ha ido a la raíz, a la esencia de la vida, a su germen, a la mujer, a las madres, y al ataque absoluto de su misión fundamental dentro del orden natural de la vida, la maternidad, siendo ésta atacada por todos los frentes.”

(Walkiria)

